

LA TERCERA VIDA DE VICTORIA

(O LA TERCERA VICTORIA DE SU VIDA)

Dramaturgia y dirección: Kerim Martínez

PERSONAJES:

-VICTORIA: Carmen Vera

-DIEGO: Horacio Almada

-ARMIDA: Violeta Santiago

-ÓSCAR: Marco de la O / Kerim Martínez

-PENÉLOPE: Susana Buitrago / Cecilia Noreña

-FERNANDA: Marcela Rigoletti

MÉXICO, D.F., 2010-2014

Temporadas:

Febrero—Abril, 2014. Teatro Cuauhtémoc.

Marzo—Abril, 2015. Teatro La Capilla.

ACTO ÚNICO.

ARMIDA: Prólogo.

VICTORIA: Nunca pensé que viviría tanto. Papá murió tan joven, no festejó ni los cuarenta y mamá... siempre obediente, le siguió al poco tiempo. Yo pasé de los cuarenta hace mucho.

ÓSCAR: ¿Qué se sentirá?

PENÉLOPE: No quiero ni preguntármelo.

DIEGO: Creo que fue...

FERNANDA: Horrible. No me gustó. ¡Y cumplirlos sola!

DIEGO: No me acuerdo.

ARMIDA: Ella sí.

VICTORIA: Me acuerdo. Y no quiero acordarme. Pasó hace tanto. Dicen que a veces tenemos siete vidas como los gatos. Ojalá que no sea así. Me faltaría vivir cuatro. No podría con más. La primera es aburrida. Mi niñez, mi alocada juventud, algo de droga —sólo mariguana—, trataba de encontrarme. ¿A quién puede interesarle? La segunda...

ARMIDA: A los cuarenta.

VICTORIA: La olvidé.

DIEGO: Yo olvido.

FERNANDA: Yo no.

VICTORIA: Y la tercera es la que me mantiene viva.

ARMIDA: ¿Por cuánto tiempo?

VICTORIA: Guardando secretos. No me gusta la gente. No tienen por qué saber de mí.

ARMIDA: Entonces no digas.

VICTORIA: Necesito hacerlo. Hoy sí. Contar mi tercera vida y quizás así entienda.

ARMIDA: ¿Y ellos?

VICTORIA: Son parte. La vivieron conmigo.

PENÉLOPE: Yo no.

VICTORIA: Entonces debes irte. No hay lugar para ti en mi historia.

ARMIDA: No lo sabes y está aquí.

ÓSCAR: Penélope se va. *(A Penélope)* No lo hagas.

ARMIDA: Volverá.

VICTORIA: ¿Por qué?

ARMIDA: Siempre vuelven.

VICTORIA: Empecemos ya. Recordar.

DIEGO: ¿Cómo?

VICTORIA: Yo te ayudo. Confía.

ARMIDA: Escena uno. Galería de Arte. Victoria, mujer atractiva y elegante de sesenta años...

VICTORIA: ¿Es necesario?

ARMIDA: Sí. Mujer atractiva y elegante de sesenta años.

VICTORIA: Casi.

ARMIDA: ... de casi sesenta años mira atenta un cuadro de grandes dimensiones. Diego, hombre de cuarenta y cinco, deambula por el sitio, pasa varias veces cerca de Victoria. Muy cerca. Demasiado. Intencionalmente le roza el hombro al pasar. Victoria voltea y con toda la intención de ser escuchada dice...

VICTORIA: ¡Como si estuviera lleno!

ARMIDA: *(susurrándole a Diego)* Recuerda...

DIEGO: ¿Perdón? ¿Dijiste algo?

VICTORIA: Creo que escuchó perfectamente.

DIEGO: Bueno, sí. Te oí decir: "¡como si estuviera lleno!".

VICTORIA: Pues eso.

ARMIDA: Silencio incómodo.

FERNANDA: Muy incómodo.

DIEGO: No entiendo.

VICTORIA: ¿Cómo dijo?

DIEGO: Me escuchaste ¿o no?

VICTORIA: ¿Qué no entiende? ¿Mi molestia al hablar con usted o mi indignación por esperar una disculpa de su parte que al parecer nunca llegará?

DIEGO: ¿Quieres que me disculpe? ¿Por qué?

VICTORIA: Hace un instante me golpeó y...

DIEGO: ¿Te golpeé? ¿Muy fuerte?

VICTORIA: Un roce, pasó muy cerca de mí y...

DIEGO: ¿Qué tan cerca?

VICTORIA: Pues... cerca. Algo. Demasiado.

DIEGO: Así.

VICTORIA: No. Más cerca.

DIEGO: Así.

VICTORIA: No. Un poco más.

DIEGO: ¿Así?

VICTORIA: Sí. Así. Yo miraba la pintura y usted pasó y me rozó.

DIEGO: De tú.

VICTORIA: ¿Cómo?

DIEGO: Háblame de tú.

VICTORIA: No lo conozco.

DIEGO: Por favor.

VICTORIA: Se comporta como un niño y ya no lo es.

DIEGO: Tienes razón. Dejé de serlo hace mucho. Al parecer tú te...

VICTORIA: Yo dejé de serlo hace mucho, mucho, mucho más tiempo que usted.

DIEGO: ¿Y por eso tendría que hablarte de usted?

VICTORIA: No. No por eso y tampoco se lo pido. Mire, simplemente no sabemos nada uno del otro.

DIEGO: Menos mal. Si nos conociéramos seguramente no nos hablaríamos.

ARMIDA: Diego extiende su mano. Gran sonrisa.

DIEGO: Diego Navarro. Mucho gusto.

ARMIDA: Victoria regresa a contemplar la pintura. Diego entiende y se marcha al otro extremo.

FERNANDA: ¿Otro silencio incómodo?

DIEGO: ¡Pintores! ¡Bah! Creen que en un lienzo pueden plasmar la realidad.
¿Esto es la realidad?

VICTORIA: Para algunos lo es.

DIEGO: ¿Ah, sí?

VICTORIA: Para mí sí.

DIEGO: Entonces te diré que no te entiendo en lo absoluto. No comprendo tu realidad. Es más, ¿eres real? Podría ser. Eres... eres como un sueño. Tú, una mujer como tú, contemplando esto. Esto que algunos llaman arte. ¡Tú! Esto que alguien comprará y se llevará a su casa pensando que es la persona más importante del mundo por haber adquirido una dosis más de realidad. ¿Qué digo? Sí. Esto es como un sueño. Tú aquí y yo...

VICTORIA: Una pesadilla. Este lugar, amplio, blanco, tanto espacio, unos cuantos cuadros que podría estar contemplando en paz y... no. Está usted aquí conmigo y no deja de hablar. ¿Qué quiere?

DIEGO: Más obvio no puede ser.

VICTORIA: Dígalo ya.

DIEGO: Ya lo dijiste tú. Hablar *(suelta una carcajada, poco a poco Victoria se contagia)*.

VICTORIA: ¿Hablar? Lo hacemos, ¿no? ¿Qué más podría querer alguien como tú? *(Continúa riendo)*.

DIEGO: También quisiera pedirle una disculpa, no debí rozarla al pasar.

ARMIDA: Una última mirada y Diego se va. Victoria experimenta un terrible momento de soledad. Se estremece.

FERNANDA: Bravo, ¡cuánto silencio incómodo!

ARMIDA: Escena dos. Casa de Victoria. Yo trato de tranquilizarla.

VICTORIA: ¿Cómo quieres que me calme? Me quedé ahí, sola. Como una estúpida.

ARMIDA: Eso es lo que querías.

VICTORIA: ¡Una estúpida, jamás!

ARMIDA: No. Quedarte sola. Por cómo me lo cuentas era tu intención y lo lograste, ¿verdad? No entiendo tu molestia.

VICTORIA: Se burló de mí. Con sus preguntas, con su roce, con sus acertijos y con esa sonrisa sarcástica.

ARMIDA: Te estaba seduciendo.

VICTORIA: Por favor, ahora la estúpida eres tú.

ARMIDA: Con tu permiso. En un momento te traigo la cena.

VICTORIA: Perdóname, Armida.

ARMIDA: Te sientes extraña porque ese hombre trataba de conquistarte.

VICTORIA: Ya te dije. Es demasiado joven. Yo tengo casi...

ARMIDA: Sesenta años.

VICTORIA: En un mes.

ARMIDA: ¿Y por eso no puedes atraer a los hombres?

VICTORIA: No tengo tiempo para eso. No me interesa.

ARMIDA: Eres hermosa Victoria.

VICTORIA: Ese tal Diego Navarro quiere algo más que una charla coqueta entre hombre y mujer. Es una burla.

ARMIDA: ¿Qué puedes esperar del mundo bohemio que siempre te ha gustado? Ése que visita tus galerías y exposiciones. Que comenta, cuestiona, critica, admira...

VICTORIA: Y molesta.

ARMIDA: Puede ser. Pero sabes... también cabe la posibilidad de que tan sólo quería hablar.

DIEGO: No recuerdo.

VICTORIA: Y entonces vuelvo a la galería.

ARMIDA: E inicia la escena tres. La exposición ha cambiado. Diego Navarro mira un cuadro abstracto. Entra Victoria. Lo ve. Piensa en salir, incluso gira. Detiene un momento. Se recompone y pasea por la habitación curiosa. Diego no nota su presencia. Esto último pone incómoda a Victoria. Pasa junto a él y le roza el hombro. Diego voltea y la ve.

FERNANDA: ¿Silencio incómodo?

VICTORIA: Lo siento, Diego. ¿Diego?

DIEGO: *(Se limpia una lágrima)* Sí, Diego.

VICTORIA: Ah, ¿llorabas? Te sucede algo.

DIEGO: Este cuadro me... Nada.

VICTORIA: Arte, creo.

DIEGO: Sí, es lo que dicen.

VICTORIA: Entonces es real, ¿no? Quiero pedirte una disculpa. Sí, de tú a tú.

Fui muy grosera contigo el otro día.

DIEGO: Hace un mes.

VICTORIA: Sí, un mes.

DIEGO: Treinta días que fueron cien.

VICTORIA: Un mes de cien días que debieron ser treinta.

DIEGO: Yo esperaba que regresara. Por eso vengo en este horario. Casi nunca hay nadie. Bueno, sólo usted... y yo.

VICTORIA: Antes de ese día no recuerdo haberte visto.

DIEGO: Lo sé.

VICTORIA: ¿Me habías visto antes?

DIEGO: Sí. Muchas veces.

VICTORIA: ¿Y por qué decidiste hablarme?

DIEGO: Porque ese día rocé su hombro.

VICTORIA: De tú.

DIEGO: No sé. No creo poder.

VICTORIA: ¿Por qué? Antes... ¿Qué cambió?

DIEGO: Mire, usted...

FERNANDA: ¿Silencio incómodo?

ÓSCAR: No, pausa dramática.

DIEGO: Usted sabe mi nombre desde hace un mes. Yo no sé ni eso. Me lo pregunté en este tiempo. Siempre que pensaba en ese día, le ponía un nombre distinto. Creo que tiene treinta nombres a la fecha o cien.

VICTORIA: Tengo uno. Y quiero empezar de nuevo.

ARMIDA: Victoria extiende su mano y sonrío.

VICTORIA: Victoria. Victoria Salazar.

DIEGO: Mucho gusto.

VICTORIA: ¿Por qué sonrías?

DIEGO: Un día te llamé así: Victoria.

VICTORIA: Uno de cien.

FERNANDA: O de treinta.

DIEGO: Sí, en serio. Otro día Pánfila, Rosenda, Artemisia, Salamandra...

VICTORIA: No me imagino llamándome Salamandra. ¡Qué nombre tan feo!

DIEGO: Por eso te llamas Victoria. Así tenía que ser.

VICTORIA: Sí.

DIEGO: ¿Y qué celebras Victoria?

VICTORIA: ¿Yo? ¿Cómo sabes?

DIEGO: Por tu vestido, hoy te ves mejor que nunca. Por lo menos, mejor que las ocho veces que te he visto en esta galería.

VICTORIA: Mi cumpleaños.

DIEGO: Vaya, vaya. Día de fiesta. ¿Cuántos?

VICTORIA: ¿Cuántos qué?

DIEGO: ¿Cuántos años?

VICTORIA: ¿De verdad esperas que te lo diga?

DIEGO: Sí, ya que volvimos a empezar, nos hablamos de tú, yo soy Diego y tú Victoria, pues... podemos avanzar. Mira, yo primero. Tengo cuarenta y cinco años. Ves, sencillo ¿no?

VICTORIA: Sí, al parecer tener cuarenta y cinco años es sencillo.

FERNANDA: No estando sola, debe serlo.

VICTORIA: Hoy cumpla... Perdóname, siempre lo digo, pero hoy... Nunca pensé que decirlo me resultara tan difícil. Quisiera decir "tengo cincuenta años" o qué mejor que "hoy cumpla cuarenta".

ARMIDA: ¡No! Cuarenta no.

VICTORIA: Cuarenta no.

DIEGO: Yo creo lo que tú me digas. Cada año vivido en tu cuerpo debe haber disfrutado enormemente su estadía. La mujer que está aquí, hoy, delante de mí, eres tú. Y me encanta haberte conocido y saber que te llamas Victoria y que hoy cumples (*pausa*) ochenta.

ÓSCAR: Se merece ese silencio.

VICTORIA: Sesenta.

DIEGO: Felicidades Victoria.

FERNANDA: Diego toma por sorpresa a Victoria y...

Diego besa a Victoria.

FERNANDA: Mientras, yo estoy sola en mi cuarto pensando, eso, pensando.

(A Armida) Cambia de escena por favor.

ARMIDA: Escena cuatro. Casa de Victoria. Yo duermo en un sillón. Me encuentro más arreglada de lo habitual. Tengo un libro en las manos. Llega Victoria y me mira por un momento. Ligera sonrisa, le da ternura verme profundamente dormida. Se acerca e intenta quitarme el libro cuidadosamente. Me despierto muy alterada.

VICTORIA: Tranquila, Armida.

ARMIDA: ¡Qué! ¡Quién! Suéltame ya...

VICTORIA: Soy yo, Victoria.

ARMIDA: ¿Qué hora es?

VICTORIA: Las cuatro de la mañana.

ARMIDA: Las cuatro de la... ¡Las cuatro de la mañana! Por Dios, me quedé dormida. ¡Llegaste a las cuatro de la mañana!

VICTORIA: A las tres. No te quise despertar.

ARMIDA: ¿Te pasó algo? Quedamos en ir a cenar por tu cumpleaños. ¿Cancelaste la reservación, al menos? ¿Dónde estabas?

VICTORIA: Con él. Con Diego. Nos encontramos en la galería. Fuimos a un restaurante. Perdóname, Armida. Pensé en hablarte, pero no sabía cómo justificarme y el tiempo pasó tan rápido que ocho horas se volvieron cien minutos. Ha sido una gran noche. La mejor de mi vida.

ARMIDA: *(Al público)* De su tercera vida.

VICTORIA: Y no me importa cumplir sesenta años, al contrario, podría morir ahora mismo con una gran sonrisa y sentir que valió la pena todo sólo por este último momento.

ARMIDA: ¡Victoria!

VICTORIA: No sé qué me pasa. Me siento como una niña estúpida. Siento como si me hubieran quitado toda la piel del cuerpo y caminara expuesta ante todos —ante él— rozando cada cinco minutos mi carne viva. Y me da miedo. Yo no soy así. Quizás lo fui alguna vez.

FERNANDA: En su primera vida sí fue una niña estúpida.

ARMIDA: Estás enamorada. No importa si lo aceptas o no. A los veinte o a los sesenta...

VICTORIA: Es un caballero. Muy educado, culto, galante, como si hubiera salido de una película antigua. Claro, seguramente sabe interpretar muchos personajes. Es actor.

FERNANDA: Ahora sí. Pausa dramática. Viene lo bueno.

ARMIDA: ¿Actor?

FERNANDA: Definición de actor igual a mentiroso.

ARMIDA: Actor.

FERNANDA: Loco.

ARMIDA: Actor.

FERNANDA: Promiscuo.

ARMIDA: Actor.

FERNANDA: Demente.

ARMIDA: Actor.

FERNANDA: Idealista.

ARMIDA: Actor.

FERNANDA: Mentiroso.

ÓSCAR: Ya lo dijiste.

FERNANDA: Más mentiroso.

ARMIDA: Actor.

FERNANDA: Afeminado.

DIEGO: Eso no.

FERNANDA: Afeminado y homosexual.

DIEGO: Sabes que no y te consta. Quedamos pocos.

ÓSCAR: Me incluyo en lo último.

FERNANDA: En fin. Actor. Lo más falso que pueda existir.

VICTORIA: Sí, actor. Él mismo es su material. Hace con él: arte.

FERNANDA: Abstracto.

ÓSCAR: Así te vamos a interrumpir cuando toquen tus escenas.

ARMIDA: ¿Qué te puedo decir Victoria? Me da un poco de miedo.

VICTORIA: Me trató con respeto.

FERNANDA: ¿Como a una madre?

VICTORIA: Pero a la vez como si me tuviera mucha confianza, como si me conociera de toda la vida. Yo no soy así, tú lo sabes. Cuando llegamos al restaurante, sólo veían a un señor que seguramente llevó a festejar a su madre. Conforme las horas corrían, las miradas de los otros cambiaron. Empezaban a sospechar que algo extraño sucedía en esa mesa, se podía oler incluso en el aire. El mesero me trajo un pastel de trufas con una velita encendida en el centro. Él lo pidió. Nunca había tardado tanto en soplar una velita, casi se derrite en aquel postre.

ARMIDA: ¿Por qué?

VICTORIA: Porque tenía un deseo que pedir. Hace tanto que no pedía deseos. Y temía que no se cumpliera. Pero soplé. Muy fuerte. Él se levantó de su silla, me tomó en sus brazos y me besó.

ARMIDA: Sigo sin creerlo.

FERNANDA: Actor.

ARMIDA: Bueno, pues.. que se cumpla tu deseo.

VICTORIA: Imagínate las caras de todos. Sus ojos se clavaban sobre mi piel abierta. Lo mejor fue que... ¡no me importó! Pude corresponderle ese beso sin ningún miedo.

ARMIDA: ¿Y qué pasó después?

VICTORIA: Nos vimos un largo rato, nos burlamos de la gente que nos juzgó. Me tomó de la mano y seguimos platicando. Se nos fue el tiempo, risas, vino, más risas y más vino. Hasta que se sintió un poco mareado y yo tuve que...

ARMIDA: Es normal, a mí siempre me pasa. Acuérdate cuando me caí delante de todos en aquella inauguración. Menos mal que estabas ahí.

DIEGO: Menos mal que estaba ahí.

FERNANDA: ¡Sorpresa!

VICTORIA: ¡Diego! ¡Te levantaste! ¿Cómo te sientes?

DIEGO: Mejor. Te dije que sólo era un mareo. ¿Dónde está la cocina? Necesito un poco de agua.

ARMIDA: Es lógico. Yo se la traigo.

DIEGO: De tú.

ARMIDA: Ah, sí, ya me contaron eso. En un momento le traigo su agua, señor.

VICTORIA: Mira, Armida. Te presento a Diego Navarro. Diego, ella es Armida Zúñiga, vive conmigo. Es mi única amiga.

FERNANDA: Armida y Diego se dan la mano. Gran pausa dramática, gran silencio incómodo y etcétera.

DIEGO: Mucho gusto.

ARMIDA: Sí, con su permiso.

FERNANDA: Y se va. Diego, el actor, se detiene en una pared de la sala y observa un cuadro de grandes dimensiones. El mismo que vio en la galería en la primera escena.

DIEGO: ¡No lo puedo creer! Al final, te cautivó esta atrocidad.

VICTORIA: A mí me gusta.

DIEGO: Me queda claro, si no no habrías invertido todo ese dinero en él. Entonces, a esto te dedicas.

VICTORIA: Desde hace algunos años, sí. Colecciono arte.

DIEGO: Arte. La palabra ambigua.

VICTORIA: Tú lo haces.

DIEGO: ¿Según quién? Para algunos el teatro no lo es. Las salas están vacías.

VICTORIA: Las galerías también. Pero yo voy, me gusta y lo considero arte.

DIEGO: Entonces, tendrás que entrar en un teatro, verme y yo mientras esperaré tu veredicto.

FERNANDA: Afortunadamente regresa Armida con una charola en las manos y un vaso.

ARMIDA: Aquí tiene. También le puse un sobre de sal de uvas. ¿La dejo en el cuarto de la señora?

VICTORIA: Armida...

DIEGO: Gracias. Yo me la llevo. Buenas noches, Armida.

FERNANDA: Silencio incómodo.

DIEGO: Te espero, Victoria. *(Sale)*.

FERNANDA: Ídem.

VICTORIA: ¿No dices nada?

ARMIDA: ¿Quieres que diga algo?

VICTORIA: ¡Armida! Se sentía mal. No podía dejarlo ir así. Es un hombre corpulento y fue difícil lograr que llegara a la habitación. Cayó como un costal sobre la cama. Me quedé contemplándolo. Fue muy gracioso.

ARMIDA: ¿Así como contemplas tus obras de arte?

VICTORIA: Puede ser.

ARMIDA: Tu nueva adquisición, un objeto más en esta casa para tu colección. *(Al público)* Como yo, un objeto. *(A Victoria)* Es muy pronto, Victoria. ¿Cómo lo traes aquí? ¿Y si es un oportunista? ¿Y si lo único que quiere es hacerte daño? ¡Es actor! Quizás te ha estado espiando en la galería para... no sé, tomar ventaja, seducirte por...

VICTORIA: Por mi dinero. No. No te preocupes por mí.

ARMIDA: Es hombre. Todos son así. Ten cuidado.

VICTORIA: Lo tendré.

ARMIDA: Buenas noches.

VICTORIA: Armida...

ARMIDA: ¿Qué?

VICTORIA: Nada.

ARMIDA: Dime.

VICTORIA: Me da miedo que vea las cicatrices de mi pecho. Que me vea sin la peluca.

ARMIDA: Si dices que es un caballero, no dirá nada. Eres hermosa.

VICTORIA: Toma tu libro de inglés.

ARMIDA: Sí, seguiré estudiando.

VICTORIA: Si te lo doy para que vuelvas a dormirte.

ARMIDA: Te dejé tu regalo sobre la mesita. Feliz cumpleaños.

FERNANDA: Victoria toma un paquete. Lo desenvuelve.

ARMIDA: Se trata de un portarretratos grande con una fotografía de dos mujeres, Victoria y alguien más. Sus ojos se llenan de lágrimas. Lo abraza contra su pecho un momento. Lo acomoda sobre la mesita. Respira profundo y sale por el mismo lugar donde se fue Diego. Seguramente hacen el amor, no puedo asegurarlo con certeza. Yo... Armida está en su cuarto llorando.

ÓSCAR: Escena cinco. Cafetería. Nos fuimos para adelante, quiero decir a otro tiempo. Ahora no estamos con ellos (*señalando a Victoria y Diego*), bueno, ya entenderán. Dos personajes nuevos. Óscar y Penélope.

PENÉLOPE: (*entrando*) Él es Óscar.

ÓSCAR: Joven apuesto, encantador, inteligente.

PENÉLOPE: Y no es actor.

FERNANDA: Pero tiene la sangre de uno de ellos.

ÓSCAR: Artista plástico. Esculpo, eso intento. Pero no es relevante para esta historia.

PENÉLOPE: Sabe lo que le gusta a las mujeres. Por lo menos a mí. Cada vez que está dentro de mi cuerpo me lleva al cielo.

FERNANDA: Esto no puedo escucharlo.

PENÉLOPE: ¡Qué hombre! Aunque también está un poco loco —por eso me gusta— tiene traumas y esas cosas. Sufrió una especie de abandono. ¿Quién no lo ha sufrido?

FERNANDA: Papá te dejó.

ÓSCAR: ¡Qué más da!

FERNANDA: Papá se fue. Te olvidó. Se fue. Con ella. Con una vieja.

ÓSCAR: ¡Qué me importa!

PENÉLOPE: Yo soy Penélope. Astuta, elocuente, bella, muy inteligente, veinte años.

VICTORIA: ¿Quién es? No es mi historia.

ARMIDA: Es su turno. Es una mujer.

ÓSCAR: Una mujer que odia lo romántico.

FERNANDA: Una mujer sin pasado.

PENÉLOPE: Así debe ser.

ÓSCAR: Una mujer que me fascina.

PENÉLOPE: Una mujer (*tapándole los oídos a Óscar*) adicta al sexo.

VICTORIA: Quieres decir ninfómana.

FERNANDA: Una intrusa. (*A Óscar*) Y tú no te irás.

ÓSCAR: ¿Entonces, qué?

PENÉLOPE: No sé, Óscar.

ÓSCAR: Di sí o no.

PENÉLOPE: No te entiendo.

ÓSCAR: Andamos o no.

PENÉLOPE: Todo hace pensar que sí. Para qué decirlo así.

ÓSCAR: Bueno, ya está, Penélope. Ya lo hicimos oficial.

PENÉLOPE: Tonto.

ÓSCAR: Paso por ti a las ocho. No te tardes.

PENÉLOPE: Tengo que verme guapa. No vaya a ser que pretendas presentarme a tus papás.

ÓSCAR: ¿Cómo crees? Cualquier niña de tu edad lo que menos quiere es conocer a los papás de su... ¿novio?

PÉNELOPE: Pero yo no soy cualquier niña. Aunque me encanta que me digas niña. Sólo quisiera saber de dónde viene el tipo que dice ser mi novio. Tu papá podría ser un asesino serial y tú heredar sus genes.

ÓSCAR: ¡Y tú feliz! Con eso de que amas el peligro. Pues no, niña. Mi papá es... No sé cómo es. Apenas lo recuerdo. Vivo con mi mamá. Él nos dejó hace como diecisiete años, cuando yo tenía como cinco.

PENÉLOPE: ¿Ya la cagué verdad? ¿Por qué no me lo habías dicho?

ÓSCAR: Porque nos conocemos hace una semana. *(La besa)*.

PENÉLOPE: Tonto, tonto. Con razón eres así, vives solo con tu mami. Estás muy consentido.

ÓSCAR: Pues fíjate que no. Mi mamá no ha sido precisamente alguien que se desviva por mí. De hecho, me tiene cierto rencor. Lo típico, le recuerdo al cabrón que la abandonó.

PENÉLOPE: ¡Ya sé! Hay que conseguirle un novio.

ÓSCAR: Huy, no creo que quiera saber nada de hombres.

FERNANDA: ¿Quién dice que no?

PENÉLOPE: Nunca he entendido a esas mujeres. Yo siempre quisiera saber de hombres. En todos los sentidos.

ÓSCAR: ¡Hey! No soy una de tus amigas. Cuando estés conmigo sólo querrás estar conmigo y cuando no... también. Ahora soy el único.

PENÉLOPE: Eres único, Óscar. El único pues... no sé.. Para tener a esta muñequita para ti solito tendrás que esforzarte mucho. Por lo menos más de una semana.

ÓSCAR: ¿Cien semanas? *(Se besan)*.

PENÉLOPE: No sé. Quizás. *(Se besan)*.

ÓSCAR: ¿Treinta?

PENÉLOPE: Te vas acercando. *(Se besan)*.

ÓSCAR: Paso por ti a las ocho.

PENÉLOPE: Adiós.

ÓSCAR: Ya cayó. Dijo que sí.

PENÉLOPE: Pendejo.

VICTORIA: Escena seis. Vamos atrás de nuevo. Casa de Victoria. Diego lee en el sillón de Armida. Ella lo mira.

ARMIDA: Sigue aquí.

DIEGO: De tú.

ARMIDA: No, señor.

DIEGO: Como quieras.

ARMIDA: ¿Y Victoria?

DIEGO: Está arreglándose. Saldremos a comer. ¿Quieres venir?

ARMIDA: No. Gracias.

FERNANDA: Armida va a salir, pero detiene de pronto. Se acerca a Diego.

ARMIDA: Ésta es la única vez que te voy a hablar de tú a tú. No la lastimes. Ni se te ocurra pensarlo siquiera. Trátala bien el tiempo que dure su *(pausa)* relación.

FERNANDA: Silencio incómodo. Entra Victoria.

VICTORIA: ¿Pasa algo?

DIEGO: No, mi amor. Invité a Armida a comer con nosotros.

VICTORIA: Bien, así se conocerán mejor. Ya es tiempo.

ARMIDA: No, aún tengo que estudiar. Mañana es mi examen. Con permiso.

VICTORIA: Gracias por el portarretratos. Me gustó mucho.

ARMIDA: Lindo, ¿verdad?

FERNANDA: Armida sonrío y se va. Seguramente quedará espiando la escena.

VICTORIA: Estoy muy orgullosa de esta niña.

DIEGO: ¿Quién es la mujer de la foto?

VICTORIA: Violeta, la madre de Armida. Trabajó aquí muchos años.

ARMIDA: Muchos. Limpió hasta quedarse sin manos.

VICTORIA: Nos hicimos muy buenas amigas.

ARMIDA: Difícil de entender. Tan diferentes.

VICTORIA: Mi mejor amiga, la única. Era de Oaxaca. Una vez al mes se iba a visitar a su marido y a su hijita. Un día llegó acompañada de Armida, tenía como trece años.

ARMIDA: Con el cuerpo marcado.

VICTORIA: El padre la golpeaba.

ARMIDA: Golpes, muchos.

VICTORIA: Violeta no se había dado cuenta hasta ese día. Al parecer también abusaba de ella.

ARMIDA: ¡Shht!

VICTORIA: No lo sabemos bien, Armida no quiso confesar. La llevamos al doctor. Pero dijo que mantenía una relación con un muchacho de su escuela.

ARMIDA: Sí, eso.

VICTORIA: Ahora no deja de estudiar, de prepararse. Es como una esponja. Aprende rápido. A veces creo que se está pareciendo a mí.

ARMIDA: Sólo tomo lo mejor.

DIEGO: ¿Y Violeta? ¿Qué pasó con ella?

VICTORIA: Cáncer. Las dos enfermamos casi al mismo tiempo. Pobrecita Armida, tan chiquilla...

ARMIDA: ...y cuidando a dos enfermas.

VICTORIA: Yo pensé que moriríamos juntas, me hubiera gustado. Dos grandes amigas y compañeras, Victoria y Violeta, juntas hasta el final de su vida.

ARMIDA: Pero no. La sirvienta muere. La patrona aquí sigue.

VICTORIA: Violeta decía:

ARMIDA: Tú ganarás la batalla.

VICTORIA: Tú ganarás la batalla y obtendrás...

ARMIDA: ...la victoria.

VICTORIA: Y obtendrás la victoria.

DIEGO: Como tu nombre.

ARMIDA: Y así fue.

VICTORIA: Me hice cargo de Armida, es la mejor hija.

ARMIDA: ¿Hija, yo? No.

VICTORIA: Es la mejor amiga que puedo tener.

ARMIDA: En su tercera vida. En las que siguen ya veremos.

VICTORIA: Y aquí estoy.

ARMIDA: Conmigo.

DIEGO: Conmigo.

ARMIDA: Con él.

VICTORIA: Sí.

DIEGO: Hoy me dejarás hacerte el amor. De día. Con el sol de frente, acariciándonos. Sin nada de ropa.

VICTORIA: Pero...

DIEGO: Y sin esa peluca. No me importa.

FERNANDA: No lo entiendo.

DIEGO: Cada minuto que pasa me gustas más.

FERNANDA: ¿Por qué?

ARMIDA: Ésta es su tercera vida de gato. La mejor.

DIEGO: Quiero estar a tu lado. Lo que dure. Una vida entera, cien minutos, treinta o sólo un beso.

VICTORIA: Lo que dure.

Se besan.

DIEGO: Vamos a comer. Después, te tengo una sorpresa.

VICTORIA: ¿Un adelanto?

DIEGO: Te llevaré a uno de mis ensayos en el teatro. Hoy me verás actuar.

FERNANDA: Así me conquistó a mí. Haciendo a un lado sus defectos de hombre, es un buen actor.

ARMIDA: Escena siete. Vamos adelante, con ellos (*señala a Óscar y Penélope*). Departamento de Penélope, su habitación. Penélope y Óscar enredados entre las sábanas, acaban de tener relaciones.

PENÉLOPE: Acabamos de coger.

FERNANDA: ¡Por Dios!

ARMIDA: Ella saca un cigarro, lo enciende.

ÓSCAR: Oye, no. Eso es mala señal.

PENÉLOPE: ¿Qué? ¿Piensas que no me gustó?

ÓSCAR: No, pero... De hecho estoy seguro que te gustó.

PENÉLOPE: (*soltando una carcajada*) Bueno.

ÓSCAR: Encima te ríes. Primero te pones a fumar después de...

PENÉLOPE: ...coger.

ÓSCAR: ...y luego te ríes.

PENÉLOPE: Sí. Tengo muchos vicios, el cigarro, el alcohol, la risa. Soy un estuche de monerías. ¿Todavía quieres que sea tu niña?

ÓSCAR: ¿Qué otros vicios tienes? Dime, anda. ¿Quieres que te amarre?

PENÉLOPE: ¿Y si te amarro yo?

ÓSCAR: Bueno, podríamos probar.

PENÉLOPE: Ya te disfruté un poquitín, ahora déjame disfrutar mi cigarrito.

ÓSCAR: Está bien, te lo mereces.

Óscar se levanta y se cubre de la cintura para abajo con la sábana.

PENÉLOPE: Oscarito, acuérdate que ya te vi todo. Lo conozco en todas sus formas.

ARMIDA: ¡Qué afortunada!

ÓSCAR: Los hombres también tenemos nuestro pudor.

ARMIDA: Óscar entra en el baño. Se escucha que orina. Se oye una melodía de celular. Le ha llegado un mensaje de texto. Penélope lo agarra y lee...

PENÉLOPE: ¡Imbécil! *(leyendo)* ¿Qué tal estuvo la cogida, ca...? Cuéntame detalles. Seguro estuvo de hueva y por eso no me marcas. *(Aparte)* ¡Pendejo!

FERNANDA: Sigue leyendo.

PENÉLOPE: Espero tu llamada, campeón. Urge que me digas cómo te fue con la Pene... *(Indignada)* ¿La pene? El pene te voy a meter por metiche, pinche Javier. A ver... Responder mensaje... “La pene... es toda una dama, aunque no lo creas. Es la vieja más rica con la que Óscar ha estado y estará jamás, deja de chingar y búscate una vida propia, ca... Yo mientras seguiré cogiendo con tu *brother*. Atentamente, la Penélope”. Enviar.

Penélope sonrío, deja el celular en el mismo sitio. Regresa Óscar.

ÓSCAR: ¿De qué te ríes?

PENÉLOPE: No me río. Sonrío.

ÓSCAR: ¿Ya no fumas?

PENÉLOPE: No, quiero cogerte. ¿Chapitas? Entonces es cierto eso de “tu pudor”. Ahora se te quita, niño.

FERNANDA: Di lo siguiente.

ARMIDA: No puedo. Dilo tú. Te toca.

FERNANDA: Penélope se coloca un cinturón con... No puedo.

ARMIDA: Un cinturón que tiene... que tiene... un cinturón que tiene un dildo enorme.

ÓSCAR: ¡No mames! Eso no. ¿Qué te pasa? Yo no le entro. Soy un hombre y...

PENÉLOPE: Demuéstramelo.

ÓSCAR: No, güey, quítate.

PENÉLOPE: Acércate.

ÓSCAR: Estás loca, vete de aquí, ándale...

ARMIDA: Penélope gritando...

PENÉLOPE: ¡Acércate, cabrón!

FERNANDA: Oscuro.

OSCURO. Al regresar la luz, Penélope y Óscar ya no están.

FERNANDA: Ha sido el oscuro más oportuno y necesario de toda la historia del teatro.

ARMIDA: ¿Tú crees?

VICTORIA: Escena ocho. Regresemos a nuestro tiempo.

FERNANDA: En el teatro. Telón rojo. Se escucha de fondo la voz de Diego interpretando algún personaje. Victoria recorre los pasillos tras bambalinas. Se nota nerviosa.

VICTORIA: Demasiado.

ARMIDA: Lleva un ramo de flores. Algunos técnicos cruzan delante de ella. Victoria saluda tímida. Una mujer bien vestida, casi llegando a los cuarenta años, se acerca a Victoria, la mira de pies a cabeza.

FERNANDA: Así que eres tú.

VICTORIA: ¿Perdón? ¿Me habla a mí?

FERNANDA: Sí, te hablo a ti. Y háblame de tú, que tenemos mucho en común.

VICTORIA: No te conozco. Victoria Salazar. Mucho gusto. ¿Eres actriz?

FERNANDA: ¡No, qué va! Eso no es lo mío. Imagínate, yo subida en un escenario diciendo palabras de otros... *(Ríe)* ¡Qué horror! ¡Qué falso! Mi marido sí es actor. De hecho está atrás de la cortina.

VICTORIA: Entiendo.

FERNANDA: Tú también lo esperas. Le traes flores. Yo también lo hice la primera vez. Se nota que no lo conoces bien. Las detesta como a mí.

VICTORIA: No sé. Se me ocurrió. No puedo saberlo.

FERNANDA: Yo sí. Me dijo:

DIEGO: Te detesto.

FERNANDA: Te detesto.

DIEGO: No te soporto.

FERNANDA: No te soporto. Y se fue. Me dejó, por ti. Nos dejó por ti. Y el niño lloraba. Y yo le pedía a gritos que se callara. Y él lloraba más fuerte... Hasta que lo golpeé.

ÓSCAR: Y desde entonces no puedo llorar.

FERNANDA: Óscar. Tiene seis años...

ÓSCAR: En ese tiempo los tuve, seis tristes años.

FERNANDA: Yo escogí el nombre. Le dije a Diego que sería su premio por elegirme y ser mi marido. Su mejor actuación. Y le di su Óscar.

VICTORIA: Y ahora se lo quitas. Es su hijo. Quiere verlo.

FERNANDA: Muchos meses no le interesó. Sólo quería verte a ti. ¿Por qué he de perdonarlo? No quiero que mi hijo tenga ese ejemplo. No me gustaría que se convirtiera en un ser perverso como su padre.

VICTORIA: Diego no es ningún...

FERNANDA: Lo es. Anda con una mujer mayor. Con cicatrices. Lo sé. Calva. Hice bien mi tarea. Sin embargo sigo sin entender. No eres fea. Pero yo tampoco lo soy. Y todos los días desde que nos casamos me esforcé para gustarle siempre. ¿Y qué pasó? Dejó de verme. Empezó a ignorarme.

DIEGO: Me aburríste.

FERNANDA: No me lo merezco. Le di el mejor regalo y me pagó mal. ¿Qué dirá el niño cuando se entere de lo suyo? O qué, ¿pretenden que se los preste los fines de semana? ¿Quieres que te diga “abuelita”?

VICTORIA: Mide tus palabras.

FERNANDA: Vine a su estreno. Desde que lo conozco nunca he faltado a uno. A pesar de que él nunca pudo estar cuando yo lo necesitaba. Vine y no me arrepiento. Lo admiro. ¿Por qué te saliste antes de que terminara la función?

VICTORIA: He visto algunos ensayos. Conozco bien la obra. Me pongo nerviosa cuando está en el escenario.

FERNANDA: Y no te gusta el teatro.

VICTORIA: No.

FERNANDA: Nunca se lo digas. Miénteles. Que sea la primera mentira que los una. Hay veces que ser honesta no sirve de nada.

VICTORIA: Hasta luego, está por terminar.

FERNANDA: ¡Es perverso!

VICTORIA: ¡Es amor!

FERNANDA: Amor, sí, lo recuerdo. Alguna vez me lo dijo.

DIEGO: No recuerdo.

VICTORIA: No te vuelvas a acercar a mí, a nosotros. Que no se te ocurra molestarnos. Quédate con tu Óscar y quiérela. Yo me quedo con Diego.

Se escuchan aplausos.

VICTORIA: Terminó. Es tu último estreno. Tu última función. Hasta pronto.

FERNANDA: Adiós. Me consuela saber que él tiene otra amante: el teatro. Quizás un día de éstos también te bote a ti. ¡Mucha mierda en tu nueva obra, mucha mierda en tu vida! Y no me pongas esa cara, no es insulto, así se dice en el teatro, investigalo. Haz tu tarea.

ARMIDA: Fernanda se va. Victoria queda sola un momento. Muy incómoda.

Victoria deja las flores en una silla cercana.

ARMIDA: Entra Diego. Se ven.

VICTORIA: ¡Diego! Felicidades.

DIEGO: ¡Victoria, cariño! Le encantó al público, pude sentirlo. ¿Y esas flores?

VICTORIA: No sé. Una señorita las dejó, fue al baño. Se las cuido.

DIEGO: ¡Quién las robaría, por Dios! Deberías estar entre el público.

VICTORIA: Sí. Pero... No sé. Me puse nerviosa. Verte ahí, con todas esas emociones a flor de piel, tú, solo en el escenario y esa gente viéndote, admirándote, en verdad que no pude. Tú eres mío, Diego, eres...

DIEGO: Tu obra de arte.

VICTORIA: Sí.

DIEGO: Sí, lo soy.

VICTORIA: Vámonos a celebrar. Vino Armida.

DIEGO: ¿Y eso?

VICTORIA: La convencí. Fue muy extraño. No dejó de llorar todo el primer acto.

DIEGO: Espero que le gustara. Ahora el que está nervioso soy yo. Deja me cambio y vamos a saludarla. Después nos pueden acompañar.

VICTORIA: ¿A quiénes?

DIEGO: Todo el equipo celebrará en el bar de la esquina.

FERNANDA: Su amante: el teatro.

VICTORIA: Quiero estar sola contigo. Te he visto poco. Ensayaste todos los días y luego tus otras funciones...

FERNANDA: Y lo que falta.

VICTORIA: También tu director me dijo hoy que ya planean una gira para el monólogo y...

DIEGO: ¿Y no te parece increíble? Ensayé cinco meses para lograrlo, a la gente le gustó y ahora piden que vaya a otros escenarios.

VICTORIA: Lo siento, no me gusta. No estoy de acuerdo. No puedo estarlo. Tienes que entenderme. Para ti es fácil, todavía eres joven, para mí... Mañana...

DIEGO: Cumples sesenta y un años. ¿Y?

VICTORIA: No tengo tiempo para quedarme sola sin ti.

ARMIDA: Entro a escena y me quedo en un extremo. No me ven. ¡Qué raro!

DIEGO: Victoria, vivimos juntos. Nuestra relación va bien. Tu salud es extraordinaria, yo soy el de los achaques. Mi profesión es ser actor. Ya lo sabías. He dejado proyectos para estar a tu lado, y no es reclamo, no me duele, así lo quiero. Pero es lo que te puedo ofrecer, no lo pienso dejar por completo, no puedo hacerlo.

VICTORIA: ¿Y si terminas renunciando a mí? Como pasó con ella.

FERNANDA: Bien. Muy bien.

DIEGO: Me aparté de Fernanda porque no la amaba y no me dolió.

ÓSCAR: Y tu hijo, ¿te dolió dejarlo?

DIEGO: Óscar no me quiere. Pronto será como ella.

VICTORIA: Es un niño.

Silencio.

DIEGO: Estoy empezando a olvidar.

ARMIDA: Lo dijo, pero ella no prestó atención.

VICTORIA: Decidimos estar juntos, lo que dure, dijimos. Quizás esto es lo que tenía que durar, ve y busca a tu hijo.

ÓSCAR: No te quiero ver. Soy un niño muy rencoroso. No te acerques a mí. Mi mamá me dice tantas cosas.

VICTORIA: Arregla la situación con esa mujer.

FERNANDA: No quiero cumplir cuarenta años sola. Regresa.

VICTORIA: Sigue con tu “teatro”. No te importo lo suficiente y no puedo tenerte un día sí y otro no.

FERNANDA: Pausa dramática.

VICTORIA: Gracias por todo, Diego. Me dio gusto conocerlo. Cuando quiera, pase por sus cosas a la casa. Armida lo atenderá.

FERNANDA: Diego está rabioso. Tiene los ojos empapados de lágrimas. No puede contestar. Se da la vuelta. Al salir se topa con Armida. Se miran un instante. Diego sale y Armida se acerca a Victoria.

ARMIDA: Él te quiere.

VICTORIA: Y yo lo amo con todas mis fuerzas.

FERNANDA: Vieja ridícula.

DIEGO: Escena nueve. Calle. Penélope corre hacia Óscar.

FERNANDA: Otra vez hacia adelante en el tiempo.

PENÉLOPE: Volvieron a llamar. Tu papá se está muriendo.

ÓSCAR: No pienso ir a verlo. No me acuerdo de él. Mejor pongo un moño negro a la fotografía que mamá tiene en su clóset y ya está.

PENÉLOPE: Vamos. Tengo la dirección.

ÓSCAR: ¿Para qué? Para satisfacer tu morbo de conocerlo. ¿Todavía quieres indagar más sobre mis genes? O quizás ahora quieras coger con un moribundo. Me doy cuenta, estás bien enferma.

PENÉLOPE: Di lo que quieras. Insúltame. Grita cuanto te dé la voz. Sabes que a mí no me importan tus aullidos de niño inmaduro.

ÓSCAR: ¿Va a ir mi mamá?

FERNANDA: No.

PENÉLOPE: No.

ÓSCAR: No. No voy a ir.

ARMIDA: Ya pasó una semana y nada.

VICTORIA: Sí. Nada.

FERNANDA: Alto. Espérense. Aún no terminan.

ÓSCAR: ¿Qué hago Penélope? ¿Voy?

PENÉLOPE: Dile adiós. Es tu papá. No digas más.

FERNANDA: Ahora sí. Escena diez. Salón principal de casa de Victoria. Armida limpia una mesita. Victoria está pensativa, contempla una de sus obras de arte.

ARMIDA: Ya pasó una semana y nada.

VICTORIA: Sí. Nada.

ARMIDA: Algún día tendrá que venir por sus cosas.

VICTORIA: Puede ser que nada de lo que se encuentra en esta casa le interese. Tira todo.

ARMIDA: Digas lo que digas, sabes que te equivocaste. Mira que me costó trabajo creerle, pero lo hice.

VICTORIA: Si realmente me quiere tanto como pregona, ¡que me lo demuestre! Yo también me he sacrificado en muchas ocasiones para obtener lo que quiero.

FERNANDA: Se escucha el ruido de un auto estacionándose.

ARMIDA: Es él. Vino.

VICTORIA: Voy a mi cuarto, llévalo al estudio. Ahí está todo.

ARMIDA: No, Victoria. Escúchalo.

VICTORIA: Es horrible pensar que no soy su única pasión y que me compartirá lo que dure.

ARMIDA: ¿Y no es espantoso pensar que no lo tendrás más a tu lado y que pasarás el tiempo que te quede lamentándote sola?

VICTORIA: Sí.

FERNANDA: Entra Diego.

ARMIDA: Hola. ¡Qué gusto verlo! Voy a mi cuarto. Con permiso.

VICTORIA: Pensé que no volvería a verte.

DIEGO: ¿Me hablas de tú otra vez?

VICTORIA: ¿Quieres hablar? (*Silencio*) Sólo vienes por tus cosas. Sí. Me imaginé.

ARMIDA: Diego respira y abre la boca para decir lo que nunca pensó que diría.

DIEGO: Voy a dejar el teatro. Renuncié. Dejé a la compañía. Renuncié. Sólo te tengo a ti.

ARMIDA: Victoria lo abraza fuertemente, él se refugia como un niño. Yo miro a esa mujer, la que me cuidó siempre, veo cómo disfruta su nuevo poder. Está feliz.

ÓSCAR: Silencio. Mucho silencio.

ARMIDA: Podríamos terminar un primer acto en este momento.

PENÉLOPE: Pero no. Ya no dividamos más esta historia. Además, yo necesito saber qué hago aquí.

ÓSCAR: Bien. Escena once. Aquí decido visitar a mi papá. A ése que me abandonó. Al de la fotografía. Tengo un papel en las manos con su dirección. Estoy parado afuera de una casa enorme, la de Victoria Salazar. Estoy solo. Con un papel arrugado en la mano y con las entrañas también arrugadas.

FERNANDA: No entres.

ÓSCAR: Oigo a mamá. Oigo su rencor.

FERNANDA: No entres.

ÓSCAR: Lo repite sin cesar.

PENÉLOPE: Escúchame. Dile adiós.

ÓSCAR: Sí. Es tiempo de terminar con esto.

PENÉLOPE: Óscar lo cree así. Pero no. Esto empieza aquí. Sí, ahora todos los personajes estamos en el mismo tiempo. No regresemos tan atrás.

ÓSCAR: Toco la puerta y espero. Por el intercomunicador se escucha una voz de mujer.

ARMIDA: ¿Quién es?

ÓSCAR: Óscar Navarro.

ARMIDA: Pasa.

ÓSCAR: La puerta se abre. Entro. Un patio enorme. Camino. Tiemblo. Me detengo. Camino. Se abre otra puerta. Una mujer de tez morena vestida con ropa de maternidad me invita a pasar.

ARMIDA: Hola, Óscar. Bienvenido. Siéntate.

ÓSCAR: No. Estaré poco tiempo. ¿Tú llamaste verdad?

ARMIDA: Sí. Me pareció prudente.

ÓSCAR: ¿Eres su hija?

ARMIDA: ¿Cómo?

ÓSCAR: De ella.

ARMIDA: ¿Hija? No. Aunque a veces lo dice.

ÓSCAR: ¿Tiene hijos?

VICTORIA: No respondas.

ARMIDA: Me tiene a mí y a tu papá.

ÓSCAR: Llévame con él y termino con esto.

ARMIDA: No está aquí.

ÓSCAR: ¿Entonces?

ARMIDA: Lo siento.

ÓSCAR: Pero, ¿por qué me pediste que viniera? ¿Dónde está?

ARMIDA: Tranquilo. Pronto lo traerán. No tarda. Estuvo hospitalizado varios días.

ÓSCAR: Bien, entonces me voy. Me imagino que ya está bien.

ARMIDA: Si eso es estar bien... Yo platico con tu papá. Hay días que me cuenta cosas. Hay días que puedo creerle. Hay días que te nombra. Sé que quiere verte y que él se iría más tranquilo si te pide perdón y tú...

FERNANDA: Te dije que no entraras.

ÓSCAR: No quiero perdonarlo. No me interesa.

ARMIDA: Diego lleva muchos años enfermo. Tiene Alzheimer.

PENÉLOPE: Silencio.

ARMIDA: ¿Sabes lo que es?

ÓSCAR: *(asiente)* Sí.

ARMIDA: Pues eso, ¿verdad? Poco a poco olvida. Él lleva más de quince años olvidando.

DIEGO: No recuerdo.

FERNANDA: A mí me olvidó antes.

ÓSCAR: Pero es un hombre joven.

ARMIDA: Sí, en la mayoría de los casos la enfermedad ataca a mayores de sesenta años o mucho más. Él enfermó a los cuarenta y cinco. Al poco tiempo de conocer a Victoria. Yo me di cuenta. Estaba muy raro y deprimido. Se le olvidaban algunas palabras y se enfurecía al tratar de recordarlas. Victoria no me quería creer hasta que fue tan evidente que...

DIEGO: Salgo desnudo a la calle. Se ríen de mí. Se tapan los ojos. No entiendo por qué. Me miro en el espejo hasta que me estalla la cabeza por tratar de descifrar quién está enfrente de mí. Discuto con ese señor. El de la televisión. No entiendo qué me quiere decir. Por qué está dentro de mi cuarto y yo no lo invité. Me quieren matar.

ARMIDA: Lo llevamos al neurólogo y al poco tiempo se lo diagnosticaron. Regañaron a Victoria por no acudir antes.

DIEGO: Yo ya lo sabía.

ARMIDA: La enfermedad avanza muy rápido. Pronto olvidará cómo comer...

DIEGO: ¿Qué es comer?

ARMIDA: ¿Cómo caminar?

DIEGO: ¿Caminar?

ARMIDA: En una de esas cómo respirar.

DIEGO: Estoy acostado siempre, hecho bolita.

ARMIDA: Casi no habla y pronto no sabrá cómo. Y sé que eso le angustia mucho. Sé que quisiera decir tantas cosas. Como siempre. A él le gustaba hablar, expresarse de todas formas. Él era un gran actor. Yo lo vi. Una vez. Pero lo vi.

ÓSCAR: Mamá me llevaba a verlo. A él le fascinaba hacer teatro para niños. Yo disfrutaba cuando él aparecía en escena caracterizado de algún personaje irreal, fantástico. Ella dice que al descubrirlo yo gritaba: ¡Papá! Y me tenían que callar, para no desconcentrarlo y claro... había público. Era pequeño pero me acuerdo.

DIEGO: Yo no.

ARMIDA: Nunca había ido al teatro. A Victoria no le gusta. Fue todo un hallazgo para mí. Ahora voy los domingos, como un ritual. Lo cambié por la misa. Aquí es tan diferente. Pero nunca he sentido tantas cosas en mi cuerpo como cuando puede ver a Diego Navarro en escena... ¡Entregándose a tanta gente! Y ahora no puede comunicarse.

ÓSCAR: Dijiste antes que hay días.

ARMIDA: También dije que la enfermedad avanza, ¿verdad? Esos días ya no... ¡Qué más da! Los ojos hablan, ¿verdad? Le debo mucho.

ÓSCAR: Yo no. A mí me olvidó antes de enfermar.

DIEGO: No.

ÓSCAR: Y vino aquí. A darle su cariño a una vieja. Mamá decía que era algo...

FERNANDA: Perverso.

ÓSCAR: Perverso. Yo no sé, no entendía. Ahora, él no recuerda el daño que me hizo. Es un premio. Olvidó también lo peor. Yo vivo con ello todos los días. Despierto sin padre, vivo el día sin padre y duermo sin él, aunque sé que existe. ¿Por qué cambiar mi rutina? Yo también quisiera olvidar. ¿Cómo hacerlo?

ARMIDA: Quizás se merece tu odio. Pero en su cárcel te nombró. En su nuevo mundo estás ahí. Ya no habla. Sólo dice...

DIEGO: Óscar.

ARMIDA: Óscar. Óscar. Óscar.

DIEGO: Óscar.

ÓSCAR: Y a ella... ¿la nombra?

ARMIDA: No. Pero a Victoria la tiene. Todos los días. Lo cuida como a un niño. Creo que nunca imaginó que la vida a su lado se convertiría en esto. Otra no lo hubiera soportado.

FERNANDA: Por supuesto, nunca. Vivir así no es vida. Que se lo quede la vieja.

ÓSCAR: ¿Está enferma de algo?

ARMIDA: No. Es fuerte como un roble. Tiene que serlo. Debe cuidarlo. (*Mira detenidamente a Óscar*) Te pareces a él. Gesticulan igual. ¡Qué maravilla! Ahora creo al verte que él no morirá del todo.

ÓSCAR: ¿De verdad crees eso?

ARMIDA: ¿Estás casado?

ÓSCAR: No. Pronto. Penélope, la que te contestó las últimas veces es mi novia.

ARMIDA: Quiérela mucho.

PENÉLOPE: Sí, lo necesito.

ÓSCAR: ¿Y tú?

ARMIDA: No. Yo seré madre soltera. Imagínate... ¡A mi edad!

ÓSCAR: ¿Quieres al padre de tu hijo?

ARMIDA: Mucho.

ÓSCAR: Procura entonces que se vean, de vez en cuando. A veces, hace falta.

PENÉLOPE: Silencio.

ÓSCAR: Me voy. Otro día vendré.

ARMIDA: Vuelve pronto.

ARMIDA: Óscar se da la vuelta y sale. Cruza el patio con la cabeza más revuelta que cuando llegó. Voltea, me ve, se despide con la mano. Se va. Yo toco mi vientre.

FERNANDA: Escena doce. Llueve a cántaros. Óscar está adentro de su auto estacionado afuera de la casa de Victoria. Han pasado pocos minutos, treinta o quizás cien. Mira fijamente el volante. Quiere llorar pero no puede hacerlo. Su madre, lo impidió años atrás. Él quiere llorar, sabe que lo necesita. Pero

aquellos golpes le bloquearon los lagrimales. Y entonces, grita. Nadie lo escucha. ¿Gritó?

ÓSCAR: Sí, grité.

PENÉLOPE: ¿Cómo saberlo? ¿Quién te escuchó?

FERNANDA: Escena trece. Casa de Victoria. Armida mira la televisión. Entra Victoria guiando a Diego. Lo sienta.

ARMIDA: ¿Todo bien?

VICTORIA: Sí. Apaga la televisión por favor.

ARMIDA: Me alegro que estén aquí.

VICTORIA: No soporto los hospitales. Diego tampoco. Cada vez que va se desorienta más.

ARMIDA: Descansa. Te lo mereces. Déjalo aquí. Yo lo cuido.

FERNANDA: Victoria sale de escena. Armida contempla a Diego. Éste se levanta e interpreta a Hamlet.

DIEGO: “Oh, que esta sólida, demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse... disolverse en lluvia de lágrimas... Que dios nunca hubiera puesto su ley contra el suicidio... Oh, dios, ¡oh dios murió! ¡Qué cansado estoy de todo esto! Cuán molestos, insípidos y vanos me parecen ya los placeres del mundo. ¡Nada, nada quiero de él! Es un páramo estéril y rudo, que sólo abunda en frutos groseros y amargos. Que esto llegara a ocurrir, a dos meses de su muerte. No, no tanto... Ni dos...”

ARMIDA: Bravo Diego, bravo. No debiste dejarlo, nunca. ¿Qué pasa? ¿Por qué esa carita?

DIEGO: Renuncié a la compañía, Victoria. Renuncié.

ARMIDA: ¿Por qué?

DIEGO: Porque te amo, Victoria.

FERNANDA: Mentira.

ARMIDA: Yo también te amo.

Armida se acerca y lo besa en la boca.

DIEGO: *(fúrico)* ¿Quién eres?

ARMIDA: Soy yo, Victoria.

DIEGO: ¿Quién eres? Tú no eres, Victoria. ¿Quién eres? Auxilio, auxilio. ¡Fernanda, ayúdame! ¡Victoria, ayúdame! ¡Óscar! ¡Óscar!

PENÉLOPE: Entra Victoria.

VICTORIA: ¿Qué pasa? ¿Otro de sus ataques?

ARMIDA: Sí, recitaba unas líneas, no sé, de algún personaje y de pronto se puso así.

VICTORIA: Tranquilo, Diego, ven conmigo. Yo te cuido.

DIEGO: ¿Quién eres tú, quién eres?

VICTORIA: Victoria, tu Victoria.

DIEGO: Perdóname. Estoy empezando a olvidar.

PENÉLOPE: Escena catorce. Casa de Fernanda. Ella discute con su hijo.

FERNANDA: Tú tienes la culpa. No debiste ir. ¿Para qué? Después de tanto tiempo. A mí no me da lástima. Está pagando por todo lo que nos hizo.

ÓSCAR: No hables así, mamá.

FERNANDA: No sirve de nada que vayas. Él no sabrá quién eres.

ÓSCAR: Estaba en el coche. No podía arrancarlo. Un auto estacionó en su casa. Primero bajó ella. Una mujer mayor, guapa. Larga cabellera blanca.

FERNANDA: Imposible. Era calva.

ÓSCAR: Te aseguro que no. Entre el chofer y la mujer ayudaron a bajar del coche al hombre de la foto. De ésa, la de tu clóset. Me vi ahí. Como si tuviera un espejo de frente. Y quería llorar, pero no podía. Tú sabes por qué. Ya casi cuando entraban a la casa, él volteó hacia mi coche y me miró. Estoy seguro que eso hacía. Mirarme. Yo quería salir de ahí, correr, abrazarlo. Ella lo tomó de la mano y lo guió hasta entrar.

FERNANDA: No lo metas en tu vida. Déjalo donde está.

ÓSCAR: No puedo abandonarlo en ese mundo de tinieblas. Quizás si lo visito él pueda recordar algo.

FERNANDA: Haz lo que quieras. Yo no quiero un enfermo en mi vida.

ÓSCAR: Dime algo mamá. ¿Sabías que tenía Alzheimer?

VICTORIA: Silencio incómodo.

FERNANDA: Sí. ¡Y me alegro! Eso me ayudó a renunciar definitivamente a Diego.

ÓSCAR: Y a mí. De cierta forma también me hiciste a un lado.

FERNANDA: Hay quiénes pueden llevar esas cargas a cuestas. Yo no.

ARMIDA: Fernanda se va. Óscar se pregunta:

ÓSCAR: ¿Hago mal en regresarlo a mi vida?

PENÉLOPE: No. Por supuesto que no. Yo quisiera regresar a mi madre conmigo. Pero no se puede. Se lanzó al vacío. Nueve pisos. Ella decidió que eso era lo mejor.

ÓSCAR: Él me dejó. Seguramente ya no me recuerda.

PENÉLOPE: A mi mamá también la abandonaron de recién nacida y no creo que la mujer que lo hizo lo haya olvidado.

VICTORIA: No, no lo hice.

PENÉLOPE: Sin embargo, lo decidió en su momento.

VICTORIA: Tenía cuarenta y no quería ser madre.

PENÉLOPE: Me hubiera gustado tener una abuela. *(A Victoria)* Pero nunca te conoceré.

FERNANDA: Y de pronto, así de golpe, viene la escena más corta de la obra, la quince.

Penélope le entrega un sobre a Óscar. Él lo abre, saca un papel, lee.

ÓSCAR: ¡Niña!

PENÉLOPE: No me abrases. No sientas nada aún. Hay que pensar bien las cosas. Éste es un mundo podrido. Mírate. Mírame.

FERNANDA: Penélope se marcha. Óscar se confunde más.

VICTORIA: Escena dieciséis. Volvamos ocho meses para atrás. Armida y Diego están frente a frente. Ella no viste con ropa de maternidad.

DIEGO: Victoria.

ARMIDA: No, Diego. Armida.

DIEGO: Victoria, te amo.

ARMIDA: Armida.

DIEGO: ¿Armida? Ella es extraña. Me mira todo el tiempo. Creo que le caigo mejor que antes. Pero es extraña.

ARMIDA: Lo es, ¿verdad?

DIEGO: Pero te quiere, es lo que importa.

ARMIDA: Sí, la quiero.

Diego se abalanza contra Armida y la besa.

ARMIDA: Suéltame, no hagas esto.

DIEGO: Perdóname Victoria. Estoy enfermo, perdóname.

ARMIDA: Tranquilo, Diego, tranquilo. Suéltame. Ya no me beses, por favor.

Mira te perdono, te perdono. Suéltame, Diego.

DIEGO: Te amo.

Armida lo besa. Él corresponde.

FERNANDA: Diego y Victoria... Corrijo, Diego y Armida hacen el amor y al terminar lloran lágrimas de distintos sabores.

ARMIDA: Y en sus besos, en algunos de ellos, vuelvo a encontrarme con mi padre.

ÓSCAR: Escena diecisiete. Victoria y Fernanda se encuentran en la galería.

VICTORIA: ¡Qué casualidad!

FERNANDA: No, no lo es. Vine a verte. Óscar quiere ver a su padre.

VICTORIA: Pero Diego...

FERNANDA: Está enfermo. Lo sabemos. Vengo a pedirte que lo impidas. No quiero que se vean.

VICTORIA: Puede que ni lo reconozca.

FERNANDA: Lo hará. Diego nunca olvidaría a su hijo.

DIEGO: A veces recuerdo.

VICTORIA: No sabes nada. Él ya no es él.

FERNANDA: Tienes cabello. Mucho.

VICTORIA: Sí. Brotó de pronto. Todo esto. A partir de que él se entregó totalmente a mí. No dejó de salir.

FERNANDA: Ojalá te quedaras calva de nuevo.

VICTORIA: ¿Te gustaría?

FERNANDA: Sí. Verte así tan... entera a pesar de que has vivido al lado de un demente me da náuseas.

VICTORIA: Ha sido la mejor de mis vidas.

FERNANDA: Dejó su pasión, el teatro, por ti. ¿No te arrepientes?

VICTORIA: Fue su decisión.

FERNANDA: Seguro lo gozaste cuando te lo dijo. Pero... ¿De verdad crees que un actor, uno bueno como él, lo dejaría así como así? ¿Por ti?

VICTORIA: ¿Por qué no?

FERNANDA: Él sabía que estaba enfermo.

VICTORIA: Mentira.

DIEGO: Recuerdo.

FERNANDA: Se desorientaba en escena. Cada vez con más frecuencia. Sus compañeros se lo hicieron notar. Él se molestó mucho.

DIEGO: Mucho.

VICTORIA: ¿Cómo puedes saberlo?

FERNANDA: Su doctor me habló, me dijo todo. Pensaba que Diego podría ocultármelo. Claro, nunca imaginó que yo ya no era su mujer. Fui a verlo. Lo escuché. "Alzheimer". No tenía idea de lo que conllevaba ese término. Me explicó. Por dentro estaba feliz porque sabía que la vida me estaba vengando.

Él no abandonó el teatro por ti. Diego sabía lo que le ocurriría tarde o temprano y qué mejor que su vieja millonaria para protegerlo.

VICTORIA: Y tú decidiste renunciar a él. ¡Qué valiente! Con razón desapareciste.

FERNANDA: Era tu cruz. No la mía.

VICTORIA: ¿Es todo? Bien. Me lo dijiste. Después de tantos años lo pudiste hacer. ¿Ya te sientes mejor?

FERNANDA: ¡No! Porque te veo entera, porque tienes la cabeza llena de cabellos que él hizo brotar. Porque después de tantos años sigo sin comprender qué lo hizo enamorarse de ti. Es perverso.

VICTORIA: Es amor. Y ahora me siento muy afortunada de que alguien confiara en mí aunque sea para cuidarlo. Nunca pensé poder entregarme a otra persona. Ser responsable de ella.

FERNANDA: ¿Qué es Diego para ti? ¿Tu hombre, tu arte, tu hijo?

VICTORIA: Todo.

FERNANDA: Al final, le fue bien. Demente pero bien cuidadito. Y mientras, yo sola.

VICTORIA: Tenías a tu hijo.

FERNANDA: Sí. Ahí estaba ese niño. Ojalá no hubiera estado. Todos los días me hizo verlo a él.

VICTORIA: Y aun así no quieres que se despidan.

FERNANDA: No voy a cambiar de opinión.

VICTORIA: Ésta ya no es tu historia. Vete.

PENÉLOPE: Fernanda se da la vuelta y se va del escenario.

Grito aterrador. Se trata de Armida.

ARMIDA: Victoria. ¡Ayúdame!

PENÉLOPE: Escena dieciocho. Casa de Victoria. Armida busca desesperadamente a Victoria. Se le ha roto la fuente. Llega a su habitación y descubre a la mujer en el suelo con Diego entre sus brazos. Inmóvil. Muerto.

VICTORIA: Se fue. Para siempre.

PENÉLOPE: Armida se estremece. Lanza otro alarido.

ARMIDA: ¡Diego! Lo siento, Victoria.

VICTORIA: Sí, sé que a ti también te duele. Mírate el vientre hinchado, a punto de reventar.

ARMIDA: Ayúdame. Es tiempo. El chofer no me contesta. Llévame al hospital.

VICTORIA: Decías quererme. ¿Por qué dos personas que se quieren tanto como nosotras pueden hacerse este daño? ¿Qué cambió?

ARMIDA: No dudes de mí.

VICTORIA: Sé lo que hiciste.

ARMIDA: Él te amaba a ti. Siempre lo hizo. Hasta el final.

VICTORIA: Y por eso no puedo dejarlo ahora. No quiero. Estos minutos son para él. Lárgate y ten a tu hija lejos de mí, y váyanse pronto.

ARMIDA: Salgo de aquella casa, del único hogar que he tenido. Un taxista se apiada de mí y me lleva al hospital. Esta niña quiere salir ya. Se adelantó unos días. Quizás quería conocer a su papá.

PENÉLOPE: Victoria abraza a Diego toda la noche. Ya no llora.

ARMIDA: Escena diecinueve. Departamento de Penélope.

ÓSCAR: Es tiempo de tomar decisiones. A veces uno se despierta con esas ideas. Quiero ver a papá. Quiero acercarme a él, aunque esté enfermo y no me reconozca. Quiero ser papá y no cometer errores. Formar una familia, una verdadera. Por eso estoy aquí, subiendo estas escaleras para abrir la puerta y gritarle a Penélope que la quiero. Que lo pensé como dijo. Que quiero que seamos padres y enseñarle a nuestro hijo un mundo esperanzador y no podrido como dijo. Abro la puerta del departamento. Ropa tirada. De mujer. Es de ella. De hombre. No es mía. Escucho gemidos. Son de ella. Otros más graves, no son míos. Camino hacia la habitación, la nuestra. Aquélla donde cedí a todo lo que pidió, donde cumplí sus fantasías, donde las mías se hicieron realidad. Abro la puerta y la veo. Ahí está. No masturbándose como en otras ocasiones. Pero sí gimiendo. Sudando. Llorando también. Dos hombres la poseen. La mezcla de piel hace que las figuras sean indescifrables. Ellos no me ven. Ella me contempla. Nuestros ojos se encuentran por algunos segundos hasta que ella los cierra como dejándose vencer, morir en sus pieles. Se fue a otro lugar. Su cuerpo está ahí, insertado en aquellos hombres, pero su alma —si es que existe— vaga por otros sitios. Cierro la puerta y los dejo.

Pienso en la palabra que mamá trató de meterme en la cabeza desde niño. “Perverso”. Creo que entiendo. Me siento muerto por dentro. Podría aventarme por el cubo de luz del edificio y terminar con todo esto. Pero no, pienso en los ojos de Penélope. Me piden un cambio de rumbo. Algo tiene que pasar y pronto. No soporto vivir. ¿Quién puede proponerme una nueva vida aunque carezca de lógica? Alguien que lo haga, que me arranque este tedio que me invade. Un cambio, necesito un... Me voy. Pienso en mi papá.

PENÉLOPE: Escena veinte. Casa de Victoria. Un mes después. Armida está sentada con la mirada perdida. En el suelo, muy cerca de ella tiene un par de maletas. A dos metros, sobre un sillón se encuentra un moisés rosa con su hija dentro. Llega Victoria.

ARMIDA: La historia se repite. Una mujer de cuarenta con un bebé. Como tú.

VICTORIA: Se repite por decisión. En estos años has intentado tomar lo mejor de mí, sin pensarlo también te llevaste lo peor. A veces cuesta trabajo distinguir.

ARMIDA: Tengo cuarenta y no sé quién soy.

VICTORIA: No eres yo, aunque te parezcas. Nunca lo serás aunque uses mis palabras, mis ropas, aunque ames a mis hombres, no lo eres. Tienes que buscar.

ARMIDA: ¿Y si no encuentro?

VICTORIA: Imitarás a alguien más.

ARMIDA: Mi segunda vida empieza aquí. A los cuarenta.

VICTORIA: Te deposité hace un momento. Espero sea suficiente.

ARMIDA: Victoria, no es necesario, no lo quiero.

VICTORIA: Es por tu trabajo de tantos años.

ARMIDA: Nunca trabajé. Lo hice por gusto. Porque fuiste buena con mi madre, conmigo.

VICTORIA: Entonces por acompañarme siempre, en todo momento. Por ser hija de mi mejor amiga. Por llegar a ser la mía. Por cuidar del hombre que amé en esta vida, por amarlo. Lo que te doy no es nada comparado con tu trabajo realizado. Gracias por todo.

ARMIDA: Entonces no dejes que me vaya. No conozco el mundo.

VICTORIA: Tienes a tu hija, las dos lo conocerán juntas.

ARMIDA: No la quiero.

VICTORIA: Te necesita.

ARMIDA: ¿Por qué abandonaste a la tuya?

PENÉLOPE: A mi mamá le hubiera gustado saber lo que estás a punto de decir. ¿Podríamos regresar el tiempo ahora? ¿Nueve pisos hacia arriba sólo para hacer que tu hija escuche?

VICTORIA: Tenía miedo. Siempre pensé que no podría amar, que era incapaz. Tú y Diego rompieron la maldición, los amé. Me liberaron al final.

ARMIDA: Es el principio, te quedan más vidas.

VICTORIA: Puede ser, pero no tengo a quién amar.

PENÉLOPE: Se escucha el timbre. Armida se asoma por la ventana.

ARMIDA: Es Óscar.

VICTORIA: ¿Su hijo?

ARMIDA: Lo conocí hace poco.

PENÉLOPE: Armida aprieta un botón, abre la puerta principal de la casa. Óscar cruza muy lento aquel patio.

VICTORIA: Dile que se vaya. No quiero abrir más puertas. Mi tercera vida terminó. Y tú... márchate ya, este último mes a tu lado ha sido insoportable para mí. Adiós para siempre Armida.

ARMIDA: ¿Puedo llevarme el portarretratos que te di cuando cumpliste...?

VICTORIA: Sesenta. Sí puedes. Así recordarás a tus madres muertas.

ARMIDA: Nunca me contaste cuál fue tu deseo al apagar aquella velita cuando celebraste con Diego.

VICTORIA: Lo importante es que se cumplió.

PENÉLOPE: Victoria se marcha a su cuarto. Óscar entra.

ÓSCAR: Hola.

ARMIDA: Hola, Óscar.

ÓSCAR: ¿Y esas maletas?

ARMIDA: Me voy.

PENÉLOPE: Óscar mira el moisés y trata de acercarse.

ÓSCAR: Tu bebé, ya nació.

ARMIDA: No te acerques. Está dormida.

ÓSCAR: ¿Cómo se llama?

ARMIDA: Victoria. Es un triunfo que haya nacido y que esté aquí.

ÓSCAR: Felicidades...

ARMIDA: Armida. Así me llamo.

ÓSCAR: Felicidades, Armida.

PENÉLOPE: Silencio.

ÓSCAR: Quiero ver a mi papá.

PENÉLOPE: Silencio.

ARMIDA: Murió.

PENÉLOPE: Silencio.

ARMIDA: Hace un mes. La noche que nació esa niña.

ÓSCAR: Me tardé un poco, creo.

ARMIDA: Sí. Pensaste demasiado. Él ya no pudo más. Sabes, tu papá me contó que te vio ese día. En tu coche. Me dijo: Vi a Óscar en su cochecito nuevo, el de baterías. Cuídalo, que no maneje tan rápido. Cuídalo. Yo también te vi. Golpeabas el volante. Gritabas creo, no lo sé bien. No escuché, había lluvia.

PENÉLOPE: Óscar libera un poco de aire con la boca. Se sienta y llora. Lloro todo lo que no ha podido llorar desde aquellos golpes.

ARMIDA: Él te quiso.

PENÉLOPE: Aparece Diego... su fantasma... o el actor que lo interpreta... Al fin y al cabo es teatro.

ARMIDA: Nunca te olvidó.

DIEGO: Nunca. Aún perdido entre mi niebla de imágenes quebradas, ahí estaba ese niño despidiéndose de mí. Eres yo.

ÓSCAR: Perdóname Armida. Me voy.

ARMIDA: No. ¿A dónde?

ÓSCAR: No sé. A empezar. Lejos.

ARMIDA: ¿Solo?

ÓSCAR: Sí, Penélope también murió.

PENÉLOPE: Mentira, aquí estoy... sola.

ARMIDA: Lo siento.

ÓSCAR: Yo no. Adiós.

ARMIDA: ¡No!

ÓSCAR: No entiendo. ¿Qué quieres?

ARMIDA: Solo no. Llévame contigo. Debo cuidarte. Debes cuidarme.

ÓSCAR: Yo...

ARMIDA: No pienses tanto esta vez. Vámonos. No sé a dónde. No sé por qué te estoy pidiendo esto pero todo debe cambiar. No me soporto.

PENÉLOPE: Óscar agarra las maletas de Armida.

ÓSCAR: ¿Y la niña?

ARMIDA: Mi niña Victoria se queda.

ÓSCAR: Mi hijo también se quedó.

PENÉLOPE: ¿Sí?

ARMIDA: No importa. No pienses.

PENÉLOPE: No pertenezco a esta historia. Estoy atrapada.

ARMIDA: Tú y yo. Empezar.

ÓSCAR: Intentarlo.

PENÉLOPE: Armida toma el portarretratos con la foto de sus dos madres muertas, después mira por última vez a su hija. Le sonrío. Óscar y Armida se marchan. Desde la ventana de su habitación, Victoria los ve cruzar aquel enorme patio. Se escucha un llanto agudo, de niña. La anciana de cabellos largos y blancos baja las escaleras y entonces... Victoria se encuentra a Victoria.

VICTORIA: *(a la niña de Armida)* Te dejó.

PENÉLOPE: Victoria agarra la manita de la pequeña Victoria.

VICTORIA: Y aquí empieza mi cuarta vida. A tu lado.

PENÉLOPE: Oscuro.

FIN